

te de Comonfort, el general Díaz se había separado para dirigirse al sur, en donde era conocido y podía desarrollar algún plan de defensa local. González Ortega y Doblado permanecían en sus Estados. Uruga y Berriozábal tomaron como terreno de operaciones el occidente.

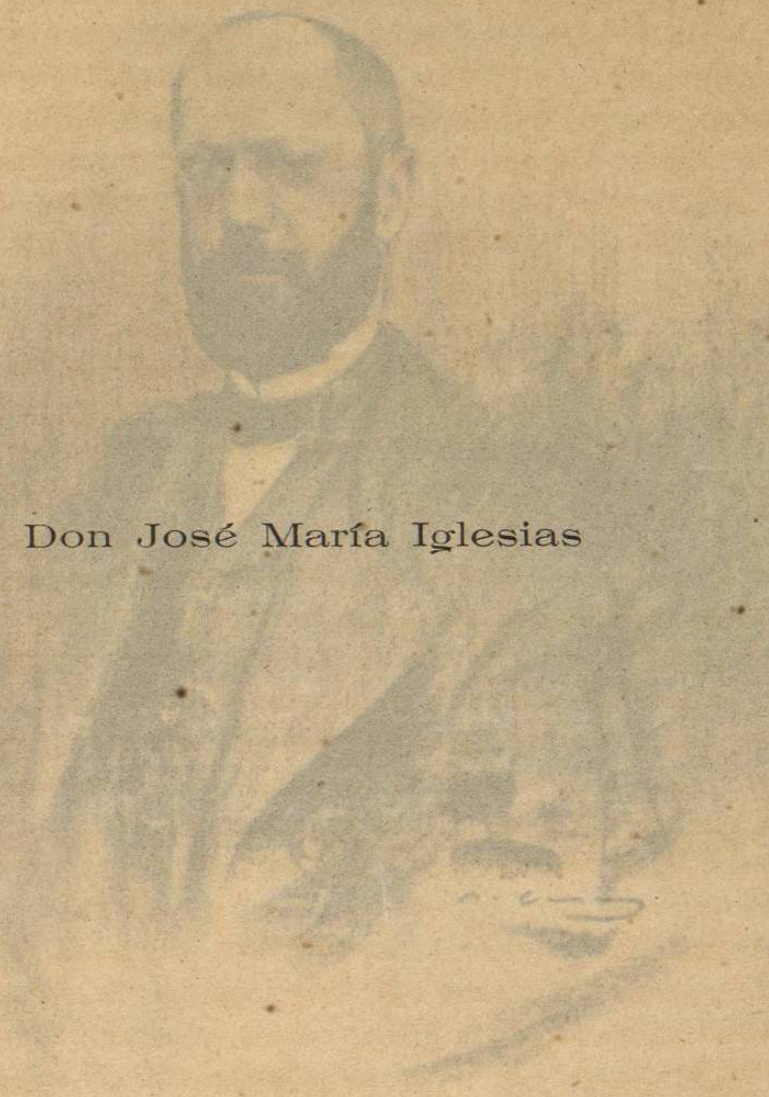
¶ Ocupada la plaza de Querétaro por los intervencionistas y franceses, las fuerzas republicanas comenzaron á replegarse. Todo el interior quedó abierto á Mejía. Sólo Morelia, ocupada por Márquez á fines del mismo mes de noviembre en que murió Comonfort y se perdió Querétaro, fué objeto de una loca tentativa de reocupación por Uruga, á quien rechazaron Márquez y el coronel Berthier.

¶ Á la vez, Mejía y los franceses, saliendo de Querétaro, ocupaban San Miguel, Guanajuato, León y Dolores. Juárez tuvo que salir de San Luis Potosí para el Saltillo. Cinco días después, la ciudad caía en poder del general Mejía, y no bien había sucedido esto, cuando Negrete, á quien la muerte ó la ausencia de otros jefes había dado una importancia que fué funesta, comprometió la operación insensata de volver al punto evacuado, y tuvo igual suerte que Uruga en Morelia.

¶ La retirada de Juárez se hacía, pues, en plena derrota. Esto indicaba la conducta de Vidaurri. Juárez se detuvo en el Saltillo, y Vidaurri no salió de la capital del Estado de Nuevo León y Coahuila para recibir al Presidente. Comenzaba por tratarlo como insignificante. Pronto seguirían otros actos más sustanciales de desacato.

¶ Al llegar al Saltillo, alcanzó á Juárez una comisión portadora de interesantísima comunicación que le dirigían los dos caudillos del centro: Doblado, cacique sin cacicazgo, y González Ortega, cacique á punto de ser lanzado también. Puesto que la guerra no era de conquista, y en las disposiciones de los franceses había cierta inclinación á tratar con el grupo liberal, siempre que se excluyese á Juárez, como jefe de una demagogia violenta, el Presidente debía renunciar al puesto, dejándolo á alguno de los dos aspirantes. La insinuación era candorosa en sus alegaciones y en su fin. Los franceses anunciaban disposiciones amistosas, mas no en la vía diplomática, sino en la interventora. Querían entenderse con los hombres del grupo liberal para fundar gobierno y apoyar la idea napoleónica en elementos nacionales de indiscutible firmeza. Si se daba un sentido patriótico á la resistencia contra la intervención extranjera; si, en concepto de los liberales, la dignidad de la nación mejicana estaba igualmente interesada en repeler á los invasores y en desconocer el derecho de intervención, todo paso que se diera para disolver el Gobierno republicano equivaldría á desprenderse de los medios de resistencia, que iban á consistir, principalmente, en los morales, para aguardar el día, no lejano, de la retirada francesa, con una legalidad republicana intacta. La posición de Juárez era inatacable desde el punto de vista que no podían menos de aceptar los caudillos, aunque secretamente se encontrasen dispuestos á apartarse de esa línea. El papel de Juárez comenzaba á delinearse idéntico al de la guerra de tres años. Esperar y creer, tener confianza é inspirarla en la causa que defendía. Tal era su misión. Al definirse, comenzaban á dejar de tener efecto desastrosos las limitaciones de su naturaleza de apático activo, y todo cedía en bien de su bandera. El político realista, identificado

Don José María Iglesias



de Comandante, el general Urzúa había separado para dirigirla a un, en donde
era necesario preparar algún plan de defensa local. González Ortega y
Berriozabal tuvieron como tertu-
na de reuniones al presidente.

6. Ocupada la plaza de Querétaro por los intervencionistas y franceses, las fuer-
zas republicanas comenzaron a repliegarse. Toda el interior quedó abierto a Me-
jía. San Morelia, ocupada por Márquez a fines del mismo mes de noviembre
en que murió Comonfort y se perdió Querétaro, fué objeto de una loca tentativa
de recuperación por Urzúa, á quien rechazaron Márquez y el coronel Berthier,
y á la vez, Mejía y los franceses, saliendo de Querétaro, ocupaban San Miguel,
Guamiquato, León y Dolores. Juárez tuvo que salir de San Luis Potosí para el
Saltillo. Cinco días después, la ciudad caía en poder del general Mejía, y no bien
había caído esta ciudad Negra, á quien la muerte ó la ausencia de otros
jefes había dado una independencia que los franceses, comprometió la operación
momentánea de poder al punto en que el punto de la guerra que Urzúa en Morelia.
7. La retirada de Urzúa se hizo, por, en plaza de guerra. Esto indicaba la con-
dición de Vidauri. Juárez retiróse al Saltillo, y Vidauri no salió de la capital
del Estado de Nuevo León y Coahuila para recibir al Presidente. Comenzaba
por tratarse como insignificante. Pronto seguirían otros actos más sustanciales
de guerra.

8. Al llegar al Saltillo, Juárez se encontró con los señores de interesantísi-
ma comunicación que le dirigían los dos caudillos del centro: Doblado, cacique
sin cacique, y González Ortega, cacique á punto de ser lanzado también. Pues-
to que la guerra no era de conquista, y en las disposiciones de los franceses ha-
bía cierta inclinación á tratar con el grupo liberal, siempre que se excluyese á
Juárez, como jefe de una demagogia violenta, el Presidente debía renunciar al
puesto, dejándolo á alguno de los dos aspirantes. La insinuación era candorosa
en sus alegaciones y en su fin. Los franceses anunciaban disposiciones amisto-
sas, más no en la vía diplomática, sino en la interventora. Querían entenderse
con los hombres del grupo liberal para fundar gobierno y apoyar la idea napo-
leónica en condiciones nacionales de indiscutible firmeza. Si se daba un sentido
positivo á la resolución de no aceptar la intervención extranjera; si, en concepto de
los liberales, la dignidad de la patria estaba igualmente interesada en
resistir á los invasores y en conservar el espíritu de independencia, todo paso
que se diera para dolver el espíritu de independencia y desprenderse
de los medios de resistencia; que iban á perderse, en los mora-
les, para aguardar el día, no lejano, de la victoria, era una legalidad
republicana intacada. La posición de Juárez era inatacable desde el punto de vista
que no podían menos de aceptar los caudillos, aunque secretamente se encon-
traban dispuestos á apartarse de esa línea. El papel de Juárez comenzaba á deli-
nearse idéntico al de la guerra de tres años. Esperar y creer, tener confianza é
inspirarla en la causa que defendía. Tal era su misión. Al definirse, comenza-
ban á dejar de tener efecto desastroso las limitaciones de su naturaleza de apáti-
co activo, y todo cedía en bien de su bandera. El político realista, identificado



con su ambición personal, podía ya hacer de esa ambición un arma de lucha por el propósito cuyo éxito afortunado tenía tantas otras ambiciones y tantos idealistas en sus diseminadas columnas.

☛ Doblado y González Ortega se inclinaron ante Juárez y vinieron á servirle en el conflicto con Vidaurri. ¿Quién inventó que Doblado tergiversaba, atisbando oportunidades para pasarse al enemigo? Era demasiado astuto para caer en los lazos de un arreglo que lo inutilizaba. Sin la renuncia de Juárez, que le permitiera presentarse como jefe de partido, sería vano pensar en que tuviese relaciones con el general Bazaine. En una carta, llena del profundo sentido práctico que lo distinguía, expuso las razones que tenía para no ser infidente á su partido.

☛ Ya estaba, pues, Doblado necesariamente sometido á Juárez por la pérdida de Guanajuato, cuando Vidaurri comenzó su rebelión. D. José María Iglesias, secretario de Hacienda después de la separación de D. Higinio Núñez, pidió la entrega de la aduana fronteriza de Piedras Negras, explotada indebidamente por el gobernador de Nuevo León y Coahuila. Vidaurri resistió, y Juárez en persona, acompañado de los ministros, pasó á Monterrey para definir sus relaciones con Vidaurri ó, más bien, para obligarlo á la obediencia. El resuelto fronterizo había dicho: «Si ustedes dan un paso, yo daré dos.»

☛ Entretanto, Mejía ocupaba Matehuala y Douay avanzaba hasta Zacatecas. González Ortega quedaba en la condición de Doblado, impotente casi, por la pérdida del territorio de donde obtenía elementos para hacerse valer, aunque todavía por algún tiempo se mantuvo con su división en las salinas del Peñón Blanco.

☛ Juárez destacó á Monterrey las fuerzas de Doblado antes de ponerse en camino, pero las encontró detenidas en un punto cercano á la ciudad. Fué que el cacique fronterizo engañó á Doblado, robándole su artillería con el pretexto de emplearla para salvar en honor de Juárez. El Presidente resolvió entrar de todas maneras, y lo hizo. Vidaurri no lo atacó, por falta de tropa; Juárez tampoco pudo abrir hostilidades, por carecer de artillería. Hubo negociaciones. La dificultad comenzaba por las desconfianzas que hacían difícil una entrevista. ¿En qué lugar podrían verse sin peligro para uno ó para otro? Había un medio, propuesto por Doblado, el cual resueltamente tuvo que confesarse menos listo, ¡él, no engañado hasta entonces por alma viviente! El medio era que Doblado pasase como rehén á la ciudadela ocupada por Vidaurri, mientras éste salía para conferenciar con Juárez. «Pero, señor Doblado, dijo Vidaurri, ¿es usted tan candoroso para proponerme la ruina de los dos? Mi mujer, que no es diplomática como usted, pero que tiene la prudencia natural, me dice que esto es absurdo, porque si me fusila el Presidente y los míos fusilan á usted, Juárez saldrá ganando, pues se libra de los dos.»

☛ La llegada de Hinojosa, y su disposición á seguir el partido de Vidaurri, definió la situación. Juárez fué conminado para despedir las fuerzas de Doblado, y él mismo tuvo que salir de Monterrey, después de una breve conferencia con Vidaurri, el cual ya se creyó seguro para salir al no haber fuerzas juaristas en la ciudad.

☛ Aquel disgusto le ocasionó á Juárez una fiebre que lo puso á la muerte en el